

RESPONSABILIDAD HISTÓRICA: ¿HABRÁ MEMORIA?

Alberto Verón Ospina

Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia*

REYES MATE (ed.): *Responsabilidad histórica. Preguntas del nuevo al viejo mundo*, Barcelona, Anthropos, 2007

Para volver a pensar en el significado que tuvieron las denuncias de religiosos como el Fraile Bartolomé de las Casas o el discurso de montesinos en la isla de La española sobre la humanidad del indígena y las repercusiones de estos asuntos en el pasado y en el presente de América, se reunieron en Ávila entre los días 25 y 27 de septiembre de 2006 religiosos, teólogos y filósofos de los dos lados del mar atlántico, en una reunión que retomaba la antigua discusión de Valladolid entre Las Casas y Sepúlveda acerca de *la humanidad del hombre americano*; sólo que esta vez, en un nuevo momento de la globalización, con una España más fortalecida en el seno de la Unión Europea, inquieta por una gigantesca migración, frente a una América latina conmovida por toda clase de dramas sociales, incertidumbres económicas y muy distintas posturas políticas de sus gobiernos.

De este encuentro nació «Responsabilidad histórica. Preguntas del nuevo al viejo mundo» donde la coordinación edito-

ra de Reyes Mate se reúnen escritos de Gustavo Gutiérrez, Samuel Ruiz, Frei Betto, Francisco Fernández Buey, M. Beuchot, Juan Mayorga y otros activos pensadores de las dos orillas.

La pobreza como un asunto de responsabilidad histórica y filosófica es algo que todavía *pisa los callos* de aquellos sectores académicos tanto del primero y hasta del «tercer mundo» que consideran esa palabra un asunto de economistas y de sociólogos, o que bien apenas debe usarse para atenuar las responsabilidades, a través de eventos sobre el desarrollo, o enviando ayudas a los más desfavorecidos.

Pero la Responsabilidad histórica es también un tema ético de la filosofía con respecto de la historia: ¿somos responsables *de los otros*?, ¿somos responsables *con los otros*? La responsabilidad tiene unos interrogantes previos que en el caso de la América Latina, ponen de presente, entre infinidad de consecuencias, una cuestión sin zanjar: ¿qué tipo de relación se terminó constituyendo entre esas dos inmensas geografías históricas?: América y Europa. Por el solo evento de España y sus aliados de penetrar las costas del nuevo mundo y sus territorios, destrozando y levantando una civilización distinta a la que existía allí, obtuvimos que la existencia posterior de esos mundos —Europa y América— quedara más que entrelazada, se

* Participante del seminario «Memoria y Justicia», CSIC, España.

hicieran mestizos, señores y siervos, colonizadores y colonizados, pero también y eso sería lo más importante para una agenda de justicia, compañeros.

Pero ¿puede el presente, con sus gestos de desembarazo hacia el pasado colonizador, así como de fascinación con las promesas de opulencia actual, cerrar las puertas traseras de ese mundo que se hizo mestizo, que se hizo distinto, que cambió su destino a partir de la llegada de Europa?

También la pobreza pisa los callos de grupos dirigentes dentro de esas naciones que como las de América Latina, viven su pequeño «primer mundo», cerrando los ojos a una realidad apabullante que se visualiza al abrir la puerta de los conjuntos residenciales blindados. Por eso, la definición que de pobre realiza Gustavo Gutiérrez nos mueve el alma y cala hondo, como debe ser todo pensamiento, toda teología comprometida con la justicia en este mundo: «Pobre es aquel que es estimado como un insignificante, como «no persona», alguien a quien no se le reconoce la plenitud de sus derechos. Personas sin peso individual y social que cuentan poco en nuestro mundo. Así son vistos, o más exactamente, no vistos porque son más bien invisibles en cuanto son excluidos».¹

La perspectiva latinoamericana de los vencidos, aparece en una reseña escrita por Benjamin en 1929, sobre un libro francés de Marcel Brion, *Bartolomé de las casas, Père des Indiens, Paris, Plon, 1928*.² En este texto, Benjamín recuerda que la conquista significó el inicio del proyecto colonial europeo. El carácter económico de esta, se hizo no sólo con el poder de las armas, sino que también se apoyó en la legitimación teológica depositada en los representantes de la evangelización en el Nuevo Mundo.

Como las Casas que también fuera colonizador y encomendero en sus primeros tiempos, otros frailes llegados a las indias —me refiero a Vitoria, a Montesinos, a Sahgun levantaron su voz y alertaron sobre

las debilidades, brutalidades, omisiones y desconocimientos de esta empresa que produjo el descalabro de una civilización, la muerte de millones de indígenas y la esclavización de una inmensa parte de África.

Si el tema genérico es la «actualización de la disputa» entre los dos religiosos, cuyo fondo es la pregunta de Montesinos a la cual constantemente se vuelve «¿no son estos acaso hombres?» en referencia a los pueblos de la América prehispánica, gravitan también dos perspectivas filosóficas hoy más actuales que nunca: una filosofía desde la perspectiva de los vencidos que se nutre no ya desde la razón y el absoluto de Hegel, sino desde una filosofía de la compasión. La opción en este caso, ha sido pensar la historia del continente no con la lustrosa historia del progreso, que en América Latina pareciera no funcionar, sino con la zozobra que produjo el mestizaje, ese pertenecer y no pertenecer ni al mundo ancestral prehispánico pero tampoco al mundo europeo.

Los ecos de las «Lecciones sobre la filosofía de la Historia universal» de Hegel en lo que se refiere a la visión que este tiene acerca del Nuevo Mundo obtuvieron un calado hondo en los dos lados del Atlántico. Es paradójico el nivel de prejuicio que acerca de América expone Hegel, en comparación con la admiración por el orden griego, romano, o germánico. A ojos de Hegel, el mundo de América del Sur se manifiesta «impotente en lo físico como en lo espiritual... En general todo el mundo americano ha ido a la ruina, desplazado por los europeos...».³ Esta afirmación lo bastante diciente parece perseguir ayer y hoy al subcontinente, y lo que es peor, parece cobrar una nueva vigencia.

¿Pero tenemos frases con las cuales iniciar una discusión con Hegel? Considero que «Responsabilidad histórica» ofrece un camino que no es el hispanista ni el indigenista, para mencionar sólo dos de las rutas transitadas por la filosofía latinoamericana. La pregunta que en el corazón de la Isla de

la Española se hiciera el padre Montesinos: *¿No son acaso estos hombres?* resonó en su tiempo en España y distintos lugares de América, en boca de un grupo de Frailes que empezaron a tener una posición distante frente a la justificación y la manera en que se realizó la Conquista.

Como lo afirme al principio, hemos de sacar de la oscuridad esos hilos conductores que tiran de esta reflexión, pues hoy como ayer, los filósofos tienen preguntas bien concretas para la historia. En ese sentido tanto España como América Latina cuentan con una agenda común de interrogación que empieza con estos religiosos y que vuelve a realizarse en este presente de globalización y de migración.

Una «mala conciencia» puede preguntarse ¿porqué el afán de rescatar estas preguntas? Las preguntas parecen hablar más de las inquietudes de los peninsulares cuando establecieron contacto con estos hombres y mujeres *distintos a ellos*, y que sufrieron un radical cambio en los propósitos iniciales de desconocer y eliminar todo aquello que no respondía a la empresa cristiana. En esos *otros bárbaros* —los indígenas— encuentran una dimensión de *ser* que les debió merecer el reconocimiento del conquistador.

Recordemos que ya en el año de 1514 se leyó el primer requerimiento en Panamá donde en una lengua por completo extraña se instruía al indio acerca de lo nocivas que eran sus creencias: «El dios indígena no es Dios, sino Satán». Juan Gines de Sepúlveda no hizo otra cosa distinta con estos, en cuanto supuestos adoradores de Satán, que, apoyado en la figura de Aristóteles, justificar las acciones de España: me refiero a las

justificaciones contra los bárbaros. Para Sepúlveda la servidumbre de los indios era una servidumbre natural.

De las Casas irrumpe como detractor de la impostura de la superioridad europea, superioridad justificada sobre la idea de que *la diferencia* es el sustento de una política de la inferioridad indiana. Bernardino de Saghún prosigue la actitud Lascasiana y busca conocer la historia indígena llamando a los ancianos para que interpreten los códigos de sus pueblos y testimonien acerca del sentido de la vida, de la cosmogonía y la moral oculta en estos textos.

Aventurar conclusiones en un comentario como éste, obliga de manera peligrosa al olvido induciendo la invisibilidad de muchas ideas presentes en todo este libro, de allí que prefiera sugerir al lector algunas rutas que su lectura deja en mí: lo primero es que en términos de una teoría crítica, el lenguaje de la evangelización intervino la subjetividad del nativo, lo colonizó lo escindió de su tradición.

Lo que encontramos en la historia de América es una continuidad en la exclusión, un vínculo que se establece entre vencedores y que con otros rostros y transformaciones sociales prosigue activo en nuestros días.

La tarea entonces desde una perspectiva de la responsabilidad histórica es lograr que en el presente se haga una nueva iluminación del pasado. A eso Metz le llamó: *la razón anamnética*. Esta razón que recupera la memoria, debe contribuir a la actualización de los pasados olvidados, pasados en ocasiones tristes, pasados negados y enterrados que permiten reconocer aspectos inéditos pero todavía capaces de subvertir la historia.

NOTAS

1. G. Gutiérrez, América y España, desencuentros de un pasado común, p.n 35, en Reyes Mate (ED) *Responsabilidad histórica, preguntas del nuevo al viejo mundo*, Anthropos, 2007

2. Michel Lowy, «El punto de vista de los vencidos»,

RevoltaGlobal/formacio/http://www.revoltaglobal.net/web/formacio/%michel.lowy/%5Dpun tovistavencidos.pdf

3. G.W.F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Revista de Occidente, Madrid, p. 171, 1974.